

Serie Breves
dirigida por
ENRIQUE TANDETER

Eduardo P. Archetti

El potrero, la pista y el ring

Las patrias del deporte
argentino



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

México - Argentina - Brasil - Chile - Colombia - España
Estados Unidos de América - Perú - Venezuela

Juan V. Sourrouille, Luis Boada y Adrián Gorelik. Agradezco también la lectura crítica del doctor Víctor Tau Anzoátegui y miembros del comité editorial de la Academia Nacional de Historia de un texto más corto que fuera sometido a su consideración y que saldrá publicado en la Historia de la Argentina, tomo IX, editado por la Academia. Finalmente, este pequeño libro no hubiera visto sus días sin el apoyo intelectual e interés de Enrique Tandeter, editor de esta serie.

Introducción

Para 1914 muchos de los deportes introducidos por los británicos durante el siglo anterior se habían convertido en prácticas de tiempo libre diseminadas a lo largo del territorio nacional (Olivera 1932). En ese proceso un conjunto de pruebas hípicas tradicionales como el pato, la cinchada, la pechada, la corrida de la bandera y el juego de cañas habían desaparecido o habían sido prohibidas y reemplazadas por los deportes ecuestres británicos (Slatta 1986). En esta incorporación hubo, como era de esperar, una selección de prácticas que hicieron posible la expresión de identidades, no solo masculinas sino de clase y nacionales. Sobre esto volveré más adelante pero lo más importante es constatar que la apropiación étnica exclusiva de algunos de los deportes más practicados, aún en el caso del polo, había dejado de ser tal con una sola excepción que confirmaba la regla: el cricket. Este era el deporte británico más antiguo en la Argentina, introducido a comienzos del siglo XIX, y con el primer partido internacional entre la Argentina y Uruguay jugado en 1868, mucho antes del primer enfrentamiento en fútbol que se dio en 1904 (Graham-

Yooll 1999: 177). En los comienzos de la Primera Guerra Mundial, este deporte era practicado solo en los clubes británicos y en los lugares de trabajo en donde los británicos eran mayoría, y su escaso éxito entre los argentinos nativos e inmigrantes no británicos era, para muchos, algo que debía explicarse.

En 1912, *The Standard*, uno de los tres periódicos ingleses de Buenos Aires, se sorprendía de que el fútbol y el rugby hubieran sido adoptados con gran entusiasmo, aunque su práctica “no fuera tan científica”, y de que esos espectáculos deportivos despertaran una gran fascinación, mientras que con el cricket no había ocurrido lo mismo. La explicación, aparentemente, residía en el “temperamento” de los jóvenes nativos que se caracterizaba por ser “agresivo, vehemente, impulsivo”. “Correr, golpearse y empujarse como en una lucha continua” parecía ser preferible a “la estrategia y el sentido táctico” que de un modo natural predominan en el cricket. Pese a ellos, la adopción del cricket se veía como necesaria para que el “espíritu nacional” pudiera desarrollar el sentido del “juicio racional y pragmático” que, aparentemente, no estaba garantizado por el deporte más popular en esa época: el fútbol (*The Standard*, 15/3/1912: 11). La práctica del cricket fue cada vez más restringida y ya para la década del treinta había desaparecido como deporte masivo, si en algún momento lo fue. Es necesario mencionar que todavía se sigue practicando en la

Argentina en clubes con tradición británica como Belgrano, Hurlingham, Lomas, Old Georgians y también el Rosario Athletic. El partido anual entre dos selecciones que representaban el Norte y el Sur de Buenos Aires –en la más cara tradición inglesa– se sigue jugando y en 1999 se celebró su centenario (Graham-Yooll 1999: 177). Nadie puede negar que pese a que el cricket no se convirtió en un deporte nacional en la Argentina, como lo sería en muchas colonias británicas, la tradición se mantiene y con ella la posibilidad de reproducir, aunque limitadamente, el espíritu pragmático que, según la prensa británica, hacía tanta falta.

Los británicos se enorgullecían de haber traído al país no solo capitales, industria, nueva tecnología, nuevas razas vacunas y lanares, sino también el gusto y la pasión por los deportes que permitieron el desarrollo moral de la juventud (*The Standard*, 1/1/1913: 22). Es obvio que los deportes de origen británico son concomitantes con la modernización, la construcción de estados nacionales y la internacionalización creciente de los intercambios económicos, sociales y culturales en el siglo XIX y comienzos del XX. Mosse (1985, 1996) ha argumentado que los estereotipos masculinos de los nacionalismos modernos europeos (y no totalmente ni solamente europeos, como es el caso de la Argentina) dependen de la definición como imperativo moral no solo de la belleza sino del estado físico. La cons-

trucción de la masculinidad moderna depende, por lo tanto, de la relación entre “cuerpo y alma, de la moralidad y la estructura corporal” (1996: 26). El esfuerzo físico y el cuidado corporal aparecen, de esa manera, no solo como símbolos de la modernidad sino como algo que hay que cultivar y desarrollar, como una práctica individual y social que debe ser garantizada por el Estado y la sociedad civil. Dos modelos compiten: el de la gimnasia, de influencia alemana y nórdica, y el del deporte en donde a la competencia individual se le une el aspecto colectivo de los deportes de equipo. En la Argentina, el primero tendrá como lugares de expresión la escuela y las barracas militares mientras que el segundo estará asociado a la creación de espacios públicos regulados (parques, plazas) o no (baldíos, potreros) y a la aparición de instalaciones deportivas de los clubes o de las municipalidades. La expansión del deporte en la Argentina se puede asociar al desarrollo de la sociedad civil ya que las organizaciones y clubes deportivos generaron espacios de autonomía y participación social al margen del Estado. En ese contexto particular las prácticas deportivas y, en especial, los deportes de equipo permitieron establecer un “espacio nacional” de competencia real y de movilidad social —ya que los mejores deportistas de las provincias pudieron hacer carrera en Buenos Aires— y de unificación territorial y simbólica. La prensa y la radio en la década del veinte jugaron un papel

crucial en esta dirección. *El Gráfico*, la revista más influyente en ese siglo, fundada en 1919, enfatizará la importancia de los deportes de equipo ya que permiten que una nación se exprese, que sus integrantes tengan una “conciencia nacional” y superen las identidades locales de clubes o de provincias, y porque hacen posible que las diferencias de estilo, en competencia con otros equipos, puedan ser pensadas como manifestaciones de “estilos nacionales” (1923, 190: 4). Las primeras visitas de clubes de fútbol profesional inglés al país en 1904 y 1905, que continuaron con cierta regularidad hasta 1914, deben ser vistas en el contexto de la creación de diferencias (Archetti 1997 a; 1999), así como, en 1922, la gira oficial a Inglaterra y Estados Unidos de un equipo argentino de polo puede verse como una muestra de la calidad de los polistas y caballos pampeanos (Laffaye 1989: 79-92; Ramírez 1989). En 1927, en un tono más cercano al espíritu de Mosse, esta misma revista defiende la práctica deportiva como “una práctica moral para el cuerpo” (*El Gráfico*, 1927, 394: 18).

Lo “nacional” a través de la introducción de prácticas corporales creadas fuera de las fronteras del país puede entenderse como un ejemplo de una suerte de modernidad radical que va a permitir a la Argentina participar en la expansión de un ámbito global deportivo, primero a través de los Juegos Olímpicos y, posteriormente, a través de las competiciones que, en los diversos deportes,

permiten coronar a los mejores del "mundo". El deporte pasa a ser así un espejo en donde verse y ser visto al mismo tiempo. Estar entre los primeros importará pero, paralelamente, aparecer como el representante de "algo diferente" será un importante factor de desigualdad. La globalización temprana del deporte no debe verse como un proceso necesario de homogeneización, sino como un espacio en donde producir imaginarios, símbolos y héroes que establezcan discontinuidades. Las reglas universales y las prácticas son uniformes pero los resultados impulsan no solo las diferencias sino a pensarlas como tales.

Volvamos a la idea de Mosse de la importancia de los deportes colectivos en la consolidación de los nacionalismos y pensemos los distintos deportes sobre los que este texto será construido. A Mosse se le olvidaron los deportes individuales, como el boxeo o el tenis, aunque en éste hay también parejas, y los deportes que, como el automovilismo, generan una simbiosis entre cualidades individuales y mecánicas y que, en consecuencia, se asocian más fácilmente a lo industrial y a lo moderno. Al mismo tiempo, deportes como los ecuestres, en donde el caballo es central, remiten a un tipo de "modernidad parcial" ya que éste no es solo un animal "aristocrático" o "noble" sino que el imaginario que puede generarse tiene referentes pastorales y rurales inmediatos. Sin embargo, Mosse hace notar que la virilidad y el coraje son dimensiones de la masculinidad tradicional

que se mezclan con los nuevos ideales corporales (belleza y condición física) de la modernidad (1985: 117-28). En esta hibridez entre lo nuevo y lo tradicional habría espacio para otros deportes que los únicamente colectivos. Un primer criterio guiado en la elección de deportes a tratar en este libro ha sido la combinación de lo colectivo con lo individual y de lo rural y lo industrial, y, un segundo criterio, que en esas disciplinas equipos e individuos hayan descollado a nivel internacional. Los deportes elegidos son: el fútbol y el polo como deportes colectivos y el automovilismo y el boxeo (extrema expresión del coraje y la virilidad) como deportes individuales. La historia, en estas páginas, estará centrada en la búsqueda de imágenes y estereotipos culturales dominantes, y se basará en la lectura selectiva de fuentes secundarias y de la prensa. La presencia de dimensiones sociales y de clase que están reflejadas en estas prácticas permitirán hacer reflexiones de tipo comparativo. Dejar fuera otros deportes, como el rugby, el tenis, el basquetbol, donde se ganó un campeonato mundial disputado en Buenos Aires en 1950 y el golf, en donde la Argentina se ha destacado en periodos largos y con cierta continuidad es, sin lugar a dudas, una injusticia. Pese a esto, y por una suerte de inercia sociológica que podríamos llamar "tradicción", la falta de grandes boxeadores o pilotos argentinos de Fórmula 1 se puede vivir en la actualidad como una pérdida y lo mismo no ocurre si en los

próximos veinte años no sale un golfista del calibre de Roberto De Vincenzo o un tenista con el carisma de Guillermo Vilas. El lector se dará cuenta de que los deportes elegidos son eminentemente masculinos y eso significa dejar de lado disciplinas en las que la participación femenina ha sido determinante. Este es un sesgo impuesto por el universo seleccionado pero también se desprende del peso secundario del deporte femenino en la historia del país. Excepciones como Jeanette Campbell en natación, Ana Weiss y Gabriela Sabatini en tenis confirman la regla.

Independientemente del carácter colectivo o individual de las prácticas deportivas el culto a héroes determinados, a personajes que sintetizan virtudes especiales o representan lo que se puede imaginar como "nacional", es ineludible. El panteón argentino es, sin duda alguna, amplio y variado y razones de espacio me obligan a la injusticia. En este libro dedicaré atención especial a tres grandes figuras que, sin proponérmelo, representan, claramente, deportes y épocas diversas: Juan Manuel Fangio, cinco veces campeón mundial de automovilismo y hombre salido de la profundidad chacarera de Balcarce, Carlos Monzón, el hombre pobre del interior que a fuerza de coraje se convirtió en invencible campeón mundial de box, y Diego Armando Maradona, salido de los potreros de la villa miseria de Fiorito y transformado en icono universal de la gambeta. Veremos como una nación puede incorporar y acep-

tar un cierto grado de heterogeneidad y complejidad social y moral. Estos ídolos son una expresión de estos procesos múltiples y, hasta cierto punto, contradictorios.

Una característica especial de la Argentina, compartida con otros países latinoamericanos como Brasil y Cuba, es la exportación temprana no solo de grandes deportistas sino de música, músicos y bailarines. El viaje por el mundo y el reconocimiento de los deportistas argentinos en las primeras décadas del siglo XX coincide con la consolidación del tango como música y baile cargado de erotismo y dificultades coreográficas. El mundo desarrollado encontró en el tango, el samba y los ritmos cubanos más diversos una muestra de creatividad cultural y expresividad corporal inigualable. La periferia estaba destinada a exportar cuerpos y ritmos y el deporte será central en este intercambio. Si la Argentina importa deportes ingleses y los hace suyos, en una suerte de simbiosis amnésica ya que con el tiempo esas prácticas serán solo vistas como nacionales, exportará el tango al mundo entero. Importación y exportación ocurren paralelamente y consolidan un mundo cultural global antes de que la globalización se convirtiera en la moda que es hoy en día. La asociación entre fútbol y tango será más obvia que en el caso del boxeo o el automovilismo. Entre 1920 y 1940 el tango acompañó al fútbol. Se escribieron docenas de tangos con temas directamente vinculados al fútbol que tuvieron

una repercusión circunscrita y no sobrevivieron el paso del tiempo como tantos otros tangos de esa época clásica. Es el momento de recuperarlos y no dejarlos olvidados. Por ello, entre el fútbol y el polo habrá una suerte de *intermezzo* musical dedicado a los tangos que comentan y nos hablan del fútbol.

Fútbol: el deporte sin fronteras

1914 es una fecha importante en la historia del fútbol ya que el año anterior un club eminentemente "criollo", el Racing Club de Avellaneda, teóricamente sin un solo jugador de origen británico en el once titular, aunque en el plantel hubiera jugadores periféricos de origen británico como Wine, Loncan y Prince, conquista, por primera vez, el campeonato de primera división. A partir de ese momento los clubes británicos, como el Alumni o el Belgrano, pierden su peso futbolístico y sus jugadores desaparecerán de los equipos nacionales. Según *El Gráfico* este cambio fue posible ya que "cuando el *football* comenzó a difundirse, dejaron de ser los *cracks* nombres británicos para transformarse en apellidos puramente latinos, especialmente italianos y españoles, como García, Martínez, Ohaco, Olazar, Chiappe, Calomino, Lloria, Isola, etc." (1928, 470:15). La fundación "criolla" no es solo la argentinización de un deporte británico sino una fundación en donde los hijos de inmigrantes "latinos" comienzan a dominar la práctica activa. El fútbol se expande y los clubes